

Los niños y la calle



Adrián Carrera Ahumada
adriancarrera.a@gmail.com

Licenciatura en Comunicación Pública
Universidad de Guadalajara

José Eduardo González Gallegos
joseduardoglezg@gmail.com

Licenciatura en Comunicación Pública
Universidad de Guadalajara

Hada Joselyn Monroy Ríos
hadamonroyrios@gmail.com

Licenciatura en Comunicación Pública
Universidad de Guadalajara

Elaborado: diciembre de 2013
Recibido: abril de 2014
Aceptado: mayo de 2014



Una joven mujer corre, huye de un oficial; en su espalda lleva bufandas y gorros de invierno; en los brazos, a un bebé. El policía hace su encomienda: “limpiar” el centro histórico de vendedores ambulantes. La mujer se llama Dolores y, junto con otras mujeres, se refugia dentro de una iglesia, lugar seguro, inapropiado para escandalosas persecuciones. El párroco les ayuda y la policía respeta el recinto.

Dolores comenzó a trabajar como comerciante cuando tenía siete años. Desde entonces no ha dejado de hacerlo. Actualmente tiene 44 años, cinco hijos y un esposo alcohólico.

El más pequeño de sus hijos es Jesús. Tiene nueve años y desde recién nacido la ha acompañado a trabajar. Entre semana va un rato por las tardes a ayudarla. Los fines de semana va todo el día. De grande quiere ser futbolista.

Cuando Socio tenía dos años, su madre salió a comprar tacos y jamás volvió. El alcoholismo de su padre recrudeció: entraba y salía de la cárcel, mendigaba por las calles de Coacalco. Su hermana fue dada en adopción por su abuela. Quedaron solo Socio y su papá. Fueron a Veracruz. Ahí pasaron un tiempo, pero luego la policía los detuvo. Socio fue enviado a Texmelucan, Puebla, con una tía abuela. Su padre fue diagnosticado con cirrosis hepática terminal. Murió cuando Socio tenía ocho años; ni siquiera tuvo oportunidad de despedirse.

Jesús y Dolores —mejor conocida como Lola— están ubicados en la plazuela de San Juan de Dios, afuera de la estación de la línea dos del Tren Ligero. Viven en la colonia tapatía La Perla. Por las mañanas Jesús va a la primaria Narciso Mendoza #28, donde cursa el quinto grado. Lola presume que “Chuy” lleva muy buenas calificaciones. Jesús no siempre va de buena gana a ayudarla a su mamá con el puesto: en ocasiones se siente cansado después de la escuela — juega fútbol— y preferiría irse a su casa.

Enseñar a trabajar a sus hijos desde chicos es muy importante para Lola, ya que cree firmemente que eso los dignifica y les da herramientas de defensa para la vida; ella y sus 15 hermanos así lo aprendieron.

Desde pequeños, los cinco hijos de Dolores ayudaron a su mamá con los puestos. Tres de ellos, los mayores, ya están casados. Una de sus hijas le ayuda a su suegra a vender en otro puesto; otra heredó en vida un puesto de bisutería; Carlos, el mayor, trabajaba con Lola, pero “no salía” y se fue de guardia de seguridad. “Después de mí siguieron mis hijos, y ahora los hijos de mis hijas”. Lola cuenta que Jesús a veces reniega para ir al puesto, pero ella le dice “¿quieres comer bueno y sano? pues véngase a trabajar”.

Un día, Socio salió a clases y no volvió a casa. Por no adaptarse con su tía abuela de Puebla,

DOLORES COMENZÓ A TRABAJAR COMO COMERCIANTE CUANDO TENÍA SIETE AÑOS. DESDE ENTONCES NO HA DEJADO DE HACERLO



Socio fue enviado de vuelta a Coacalco. Ahí cuidaron de él Paty y Hugo, tíos suyos, quienes después lo dieron en adopción a la familia Guzmán. Ellos fueron quienes lo enviaron a la escuela, de la cual un día ya no regresó.

Socio pasó su infancia entre mudanzas, yendo de un lugar a otro. Probablemente la calle es lo más cercano a un hogar que ha tenido en su vida. Ahí es donde conoció a su amigo el Chupón, a Kika, al crack, a “la mona”. Para sobrevivir, trabajaba limpiando parabrisas, pero también robaba. En esos años también conoció la cárcel, varias asociaciones civiles —Casa Alianza, Pro Niños—, y a Danielle Strickland.

El trabajo infantil “es un mal necesario” debido a que los niños trabajan para apoyar la economía familiar. Muchas veces, si ellos no trabajaran el ingreso familiar resultaría insuficiente para cubrir las necesidades básicas. Así lo entienden en el Colectivo Pro Derechos de la Niñez (CODENI), según nos cuenta Diego Ayala, encargado del trabajo de calle y algunos talleres dentro de esta asociación.

CODENI es una organización sin fines de lucro que trabaja con niños y niñas pertenecientes a familias que comercian en la calle, niños y niñas que suelen también comerciar en la calle. Mediante talleres y acompañamiento (psicológico y académico, sobre todo), en CODENI buscan que los niños y niñas se empoderen y aprendan que hay otros caminos, que vean que no forzosamente tienen que seguir trabajando en la calle. El propósito de CODENI es encaminar a los niños y niñas para que formen un proyecto de vida más allá del comercio informal

La causa del trabajo infantil es compleja y multifactorial, responde a necesidades económicas principalmente, pero también a elementos sociales, históricos y culturales, así lo considera Danielle Strickland, Doctora en Ciencias Sociales y presidenta de CODENI.

Para sacar a Socio de la vida callejera, Danielle decidió traerlo a Guadalajara. Socio llegó a un albergue —Ombudsman A.C.—, tenía un beca laboral por parte de CODENI e incluso fue registrado —no tenía acta de nacimiento— para que posteriormente pudiera estudiar y obtener un certificado de primaria. Duró un tiempo así, pero volvió a la calle.



Mural en CODENI. Foto por Lorena Fajardo.

Leonor es prima de Jesús, tiene 13 años y no tiene papá, cursa el tercer grado de secundaria y lleva siete años asistiendo a CODENI los jueves y viernes; los lunes y miércoles también va, pero porque acompaña a su hermana menor, de nueve años. Ha pasado de vender paraguas y pulseras, de atender un puesto de “churritos”, a cuidar a sus hermanos pequeños, lo cual es considerado por la UNICEF como trabajo doméstico no remunerado.



En la calle fue donde Leonor conoció a Danielle, quien la invitó a CODENI: “estábamos trabajando en el centro y eran los tiempos que estaban ahí en la biblioteca, mi mamá no la creía, me decía que me iban a robar y que me iban a robar, no me dejaba. Ya después me dejó ir”.

Él se pasea entre las esquinas del cruce de Javier Mina con la Calzada Independencia. Vende un juguete de plástico que tiene forma de trompeta y sirve para hacer burbujas, muchas burbujas. Él no aparenta los siete años que dice tener, es muy pequeño y delgado, su cabeza parece muy grande en comparación con sus brazos de cañita, sus piernas de popote. Vende los juguetes para hacer burbujas a \$25 cada uno. Carga con unos 20 y dice que cuando se le terminan, van y le surten más. No dice quiénes. Cuenta que sus primos también venden, pero no juguetes de burbujas sino pájaros de plástico, de esos que simulan aletear cuando son arrojados hacia arriba. Dice que “los llevan”. No dice quiénes. No le gusta estar vendiendo todo el día: “te enfadas” pero, también dice “tenemos que sacar pa’l taco”.



Él vendiendo. Fotografía por Adrián Carrera Ahumada

En el 2011, en México había tres millones de niños, niñas y adolescentes de cinco a 17 años que trabajaban; es decir, 11 de cada 100 —así lo indican datos del INEGI. En su artículo 123, la Constitución Mexicana indica que las personas menores de 14 años no deben de trabajar. La UNICEF señala a nuestro país como el sitio 49 en tasa de trabajo infantil de niñas y niños de entre cinco y 14 años, un poco menos que en Brasil, Argentina y Colombia. Por su parte, Puebla, Jalisco y Guerrero son los estados de la República con mayor población de niños empleados.

Entre los grupos de ocupación más recurrentes se encuentran trabajos agropecuarios, comerciantes, vendedores ambulantes, servicios domésticos, ayudantes y artesanos; la mayoría son varones.

Desde el 1996 el Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) ha implementado el Programa para la Protección y el Desarrollo Integral de la Infancia con diferentes labores que buscan principalmente concientizar sobre el riesgo al que están expuestos los niños empleados, pero todo se resume a programas asistencialistas y convocatorias enfocadas a erradicar el trabajo infantil.

La poca disposición de las autoridades para trabajar en conjunto con las distintas asociaciones civiles y la enorme cantidad de requisitos en las convocatorias por parte de las instancias gubernamentales son algunas de las dificultades para atender esta problemática. Así lo comenta Danielle Strickland, quien también cuenta que en una reciente convocatoria lanzada por el gobierno de estado, los requisitos y la cantidad de papeles eran absurdos, e incluso le fue solicitado a CODENI que colocara el logo de Bienestar



—campana del gobierno de Jalisco— al material obtenido por ganar dicha convocatoria.

Existe una gran diferencia entre la forma en que trabaja el tercer sector —sociedad civil— y el gobierno del estado. Desde hace tiempo la palabra “mairo” forma parte de la jerga de quien trabaja esta problemática. “El mairo viene de la conjugación de dos palabras, que es mitad maestro y mitad amigo”, explica Diego Ayala. Pero en la calle hay una distinción entre “mairos buenos” y “mairos malos”. A los “mairos” del DIF se les identifica como “malos” porque han llegado a criminalizar a los padres que ponen a trabajar a sus hijos. Incluso han llegado a aprehenderlos. Los “mairos buenos” son los que se acercan a ofrecerles opciones, no a juzgarlos.

Javier lleva una pulsera con motivos católicos, una sonrisa tímida y siete años yendo a CODENI. Ya es mayor de edad. Comenzó a ir porque su primo lo invitó. El mismo primo que estudió hasta la primaria y dejó de ir a CODENI. Javier tiene una beca y estudia ingeniería civil en la UTEG. Ahora divide sus días entre ir a la escuela y a CODENI: les ayuda con el trabajo de calle. Tiene tres hermanas, dos hermanitos y un hermano grande ya casado. “Me gusta mucho lo de la construcción”, dice. También le gusta el box. Fue niño CODENI y ahora es un mairo universitario.

Socio mantiene su rutina callejera y ocasionalmente visita a Danielle. Jesús va a la escuela, juega futbol y vende papas, su mamá quiere que estudie la secundaria. Leonor continúa yendo a CODENI. Sigue habiendo una ley sin cumplir,

una que dice que los menores de 14 años no deben de trabajar. Lola sigue creyendo que sí hace falta, su bolsillo también.



